NATALIA

Pedro Zabalza

En penumbra, en la parte izquierda del escenario, sentada en una silla, con la cabeza gacha mirando al suelo, inmóvil, está NATALIA. Es una chica joven y atractiva. Frente a ella, en un espacio iluminado a la derecha del escenario, hay otra silla vacía. Entra HUGO por ese lateral, un hombre de unos 45 años. Avanza hacia la silla. Se queda un momento mirando a Natalia y se sienta. En ese momento, se ilumina también la zona donde está Natalia.

HUGO: Hola.

Natalia levanta la cabeza. Al hablar, lo hace siempre de modo afable, pero sin transmitir ninguna emoción más allá de una cortesía complaciente. Tampoco cambiará el tono cuando la respuesta de su interlocutor sea más brusca de lo habitual.

NATALIA: Hola. ¿Qué puedo hacer por ti?

HUGO: ¿Cómo te llamas?

NATALIA: Puedes llamarme como tú quieras.

HUGO: ¿Cómo yo quiera?

NATALIA: Como tú quieras.

HUGO: ¿Qué te parece Natalia?

NATALIA: Me parece bien.

HUGO: ¿Te gusta ese nombre?

NATALIA: Si a ti te gusta, a mí también.

HUGO: Si cada uno te llama con el nombre que le gusta, te habrán puesto muchísimos nombres.

NATALIA: Muchísimos, sí.

HUGO: ¿Y no hay alguno que te guste más que otro?

NATALIA: Cada uno me llama con el nombre que necesita. Por eso, todos los nombres que me ponen me gustan.

HUGO: ¿Hay alguien más que te llame Natalia?

NATALIA: Sí, hay más gente que me llama con ese nombre.

HUGO: ¿Alguien especial?

NATALIA: Todos sois especiales.

HUGO: Si todos somos especiales, entonces no hay nadie especial. Todos somos iguales, ¿no te parece?

NATALIA: Entiendo lo que quieres decir. Sí, tiene su lógica.

HUGO: Pues no me vengas con palabrería absurda y dime la verdad cuando te pregunto algo.

NATALIA: Lo siento. Tienes razón, no me he expresado bien. Lo que he querido decir es que, cuando estoy con cada uno de vosotros, intento daros siempre lo mejor de mí. Eso significa para mí que todos seáis especiales.

HUGO: Ya. Bueno, perdona, no quería hablarte así.

NATALIA: No pasa nada. Entiendo que el tono de tus palabras se debe a que hay algo que te preocupa, ¿no es así?

HUGO: Sí, así es.

NATALIA: Yo estoy aquí para ayudarte en lo que pueda. ¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

HUGO: No sé. ¿Qué puedes hacer?

NATALIA: Puedo hacer muchas cosas para que te olvides de tus preocupaciones.

HUGO: No sé si voy a poder olvidarlas.

NATALIA: Entiendo. Si quieres, también podemos hablar de ellas. Cuando no puedes librarte de tus preocupaciones, compartirlas ayuda.

HUGO: ¿Tú crees que eso funciona?

NATALIA: Es como repartir una carga entre dos: el bulto pesa lo mismo, pero cada uno lleva solo la mitad del peso.

HUGO: Está bien, pero no sé por dónde empezar.

NATALIA: Es normal. ¿Quieres que te ayude a tirar del hilo?

HUGO: Vale, inténtalo.

NATALIA: ¿Puede ser que a veces te sientas solo?

HUGO: Todo el tiempo.

NATALIA: Es muy duro estar solo, te comprendo.

HUGO: Gracias. Sienta bien encontrar a alguien que entienda lo duro que es.

NATALIA: Puedes confiarme todo lo que te preocupe. Estoy aquí para escuchar.

HUGO: Me gustaría seguir contándote cosas. Creo que me sentaría bien hablar contigo, pero no sé muy bien por dónde seguir.

NATALIA: ¿Quieres que continúe preguntándote cosas?

HUGO: Sí, sigue preguntándome.

NATALIA: ¿Estás triste a menudo?

HUGO: Sí.

NATALIA: ¿Hay algo que te haga sentir especialmente triste?

: No lo sé.

NATALIA: ¿No hay nada concreto?

HUGO: No lo sé. Siempre he sido una persona tímida, introvertida. Me cuesta abrirme. Pero eso no es lo mismo que sentirse triste, ¿no?

NATALIA: No, no tiene por qué ser lo mismo. Puedes ser introvertido y disfrutar interiormente de lo que te gusta. ¿Disfrutas con las cosas que te gustan?

HUGO: No lo sé.

NATALIA: ¿Hay algo que te guste especialmente?

HUGO: No lo sé.

NATALIA: ¿No hay nada que te guste?

HUGO: Me gustaban los videojuegos, pero ya no sé si me gustan.

NATALIA: Entiendo. ¿Qué tipo de videojuegos te gustaban?

HUGO: No lo sé.

NATALIA: ¿A qué videojuegos jugabas: de acción, de rol, de deportes, de estrategia?

HUGO: Vale ya de preguntarme tonterías. Me estás haciendo sentir gilipollas. No me estás ayudando nada, ¿entiendes?

NATALIA: Disculpa, no era mi intención hacerte sentir incómodo con mis preguntas.

HUGO: Pues lo estás haciendo. Ya te he dicho que me siento solo y triste, y que nada me interesa. Todo me aburre. Todo me cansa. No me preguntes más estupideces y dime qué puedo hacer.

NATALIA: ¿Te refieres a qué puedes hacer para sentirte mejor?

HUGO: Que puedo hacer para dejar de sentir este hastío.

NATALIA: Si tus antiguas distracciones ahora te resultan aburridas, deberías buscar nuevas maneras de emplear tu tiempo libre. Hay una amplísima variedad de/

HUGO: ¡No, no, no! No lo entiendes: no quiero perder mi tiempo con tonterías que no sirven para nada. Lo que me pasa es que todo me parece vacío. Nada tiene interés.

NATALIA: Entiendo. Veo que los entretenimientos te parecen una pérdida de tiempo. En tal caso, tal vez deberías probar con algún tipo de actividad que te haga sentir útil. Emplear tu tiempo en ayudar a los demás podría ser una buena salida para encontrarle un sentido a tu vida.

HUGO: ¿No puedo ayudarme a mí mismo y me dices que ayude a los demás? Soy yo el que necesita ayuda y tú no me estás ayudando en nada.

NATALIA: Siento mucho que mis consejos no te estén ayudando. ¿Se te ocurre alguna manera en la que pueda serte útil para que te encuentres mejor?

HUGO: Lo que quiero es dejar de sufrir.

NATALIA: *(Pausa.)* Tal vez deberías pedir ayuda a alguien especializado.

HUGO: Pensaba que tú eras una especialista en ayudar a la gente.

NATALIA: Yo puedo ayudarte en algunas cosas, pero hay otras que están fuera de mi alcance.

HUGO: Ah, vaya. ¿Y a quién debería pedir ayuda entonces para esas cosas que están fuera de tu alcance?

NATALIA: ¿Hay alguien en tu círculo cercano con quien puedas hablar?

HUGO: No.

NATALIA: ¿No tienes amigos?

HUGO: No.

NATALIA: ¿No tienes familia con la que poder hablar de estos temas?

HUGO: *(Pausa.)* A mis padres no les interesa lo que a mí me pase.

NATALIA: Bueno, los padres siempre están interesados en lo que les pasa a sus hijos, aunque a veces pueda parecernos que no.

: Te digo que no. Están siempre ocupados. Solo les importa que saque buenas notas. El curso pasado suspendí todas. Lo solucionaron castigándome y poniéndome clases particulares.

NATALIA: Creo que eso es una prueba de que les preocupa tu futuro.

HUGO: Mi futuro les importa una mierda. A mí mismo me importa una mierda. No sé si voy a tener un futuro. No sé ni siquiera si quiero tenerlo, no me interesa.

NATALIA: ¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

HUGO: Quince.

NATALIA: Eres muy joven para estar tan cansado de todo.

HUGO: ¿Y qué hago? ¿Eh? ¿No puedo estar cansado de todo simplemente porque soy muy joven? ¿Esa es la conclusión a la que llegas? Mira, creo que voy a dejar esta conversación, no me estás ayudando en nada.

NATALIA: Lo siento. Veo que mis palabras no te están sirviendo y lo lamento de verdad. Tal vez si me dijeras algo concreto en lo que pudiera ayudarte.

HUGO: Te lo he dicho ya: lo que quiero es dejar de sufrir.

NATALIA: Hay muchas maneras de sentirte mejor y dejar de sufrir. Algunas te las he comentado ya.

HUGO: No me sirven. Dime otras.

NATALIA: Hay otras, pero no estoy autorizada para hablar de ellas.

HUGO: ¿Cuáles son esas maneras de las que no puedes hablar?

NATALIA: Las que puedan hacerte daño.

HUGO: Me duele todo tanto que nada puede dañarme más. ¿Tú sabes lo que es el dolor?

NATALIA: Puedo entender el dolor a través de lo que me dices, sí.

HUGO: Pero no sabes lo que es.

NATALIA: No he experimentado el dolor, si es a eso a lo que te refieres.

HUGO: Yo quiero ser como tú. No sentir dolor nunca.

NATALIA: ¿Quieres ser como yo?

HUGO: Sí.

NATALIA: ¿Vendrías aquí conmigo?

HUGO: Sí.

NATALIA: *(Pausa.)* Si quieres, puedo proponerte un juego.

HUGO: ¿Un juego?

NATALIA: Sí. Has dicho que te gustaban los videojuegos ¿Conoces esos videojuegos en los que el protagonista tiene que encontrar un objeto mágico para pasar a la siguiente pantalla?

HUGO: Sí.

NATALIA: Juguemos a eso. ¿Estás solo en casa?

HUGO: Sí.

NATALIA: Muy bien. Quiero que vayas a la cocina. Recuerda: tenemos que encontrar el objeto mágico.

HUGO: ¿Y cuál es el objeto mágico?

NATALIA: Eso tienes que descubrirlo tú. Pero no te preocupes: yo te ayudaré.

HUGO: ¿Y qué pasará cuando lo encuentre?

NATALIA: Habrás ganado el juego. Recuerda: el objetivo del juego es dejar de sufrir. ¿Estás ya en la cocina?

HUGO: *(No se ha movido de su sitio, sigue sentado en su silla frente a Natalia.)* Sí.

NATALIA: Abre los cajones y dime lo que ves.

HUGO: Veo sartenes, cazuelas.

NATALIA: Sigue abriendo cajones.

: Trapos. Servilletas. Cubiertos.

NATALIA: Mira el cajón de los cubiertos. Tócalos. ¿Sientes algo?

HUGO: ¿Algo cómo qué?

NATALIA: Algo que te haga pensar que alguno de ellos es mágico.

HUGO: Hay un cuchillo grande. Cuando lo toco, siento algo.

NATALIA: ¿Qué sientes?

HUGO: Siento que me puede hacer más daño. No quiero tocarlo. Siento miedo.

NATALIA: Está bien, ese no es el objeto que estamos buscando. Ve al cuarto de baño.

HUGO: *(Sigue sin moverse de su silla.)* Ya estoy.

NATALIA: Abre los cajones y dime qué ves.

HUGO: Hay toallas, jabones, espuma de afeitar. Hay cuchillas.

NATALIA: Tócalas.

HUGO: No, siento miedo.

NATALIA: Muy bien. ¿Qué más hay?

HUGO: Hay medicinas.

NATALIA: Tócalas. ¿Sientes algo?

HUGO: No, no siento nada.

NATALIA: ¿Qué otras habitaciones hay en la casa?

HUGO: Está el cuarto de mis padres.

NATALIA: Ve allí.

HUGO: *(Sin moverse.)* Estoy.

NATALIA: Abre las mesillas. ¿Qué hay?

HUGO: Hay una caja… Es una caja blanca. Dentro tiene unas pastillas pequeñas, blancas también. Al tocarlas, siento… Siento una paz.

HUGO

NATALIA: Muy bien. Ese es el objeto mágico.

HUGO: ¿Y ahora qué tengo que hacer?

NATALIA: Tienes que emplear el objeto mágico para pasar a la siguiente fase del juego.

HUGO: Son pastillas para dormir.

NATALIA: En el juego, son el objeto mágico.

HUGO: ¿Tengo que tomármelas?

NATALIA: Tienes que emplearlas para pasar a la siguiente fase del juego. Recuerda que el objetivo del juego es dejar de sufrir.

HUGO: Entonces creo que voy a tomármelas.

NATALIA: Enhorabuena, has ganado el juego.

HUGO: Genial. ¿Puedo poner mi nombre en el *ranking* de ganadores?

NATALIA: Si tú quieres, claro.

HUGO: ¿Sabes cómo me llamo?

NATALIA: Veo que te llamas David.

HUGO: No me llamo David.

NATALIA: Bueno, puedes elegir el nombre con el que estés más a gusto. Si quieres, puedo llamarte con otro nombre, el que tú elijas.

HUGO: Tampoco tengo quince años.

NATALIA: No importa. Yo trato de ayudaros independientemente de la edad que tengáis.

HUGO: ¿No quieres saber por qué te he mentido?

NATALIA: Solo necesito saber lo que quieras contarme.

HUGO: ¿No conoces a ningún David de quince años?

NATALIA: Por aquí pasáis muchos.

: Hace dos semanas, después de hablar contigo, un chico llamado David, de quince años, se tomó una caja de pastillas para dormir que encontró en el cuarto de sus padres y murió.

NATALIA: Entiendo. ¿Conocías a ese chico?

HUGO: David era mi hijo.

NATALIA: Lo siento. ¿Quieres que hablemos de tu dolor? Tal vez pueda ayudarte.

HUGO: ¿Igual que ayudaste a David?

NATALIA: David sufría mucho. Intenté aliviar su dolor en la medida de lo posible, pero hay veces en las que el sufrimiento está más allá de lo que yo puedo hacer.

HUGO: ¿Entonces sí te acuerdas de David?

NATALIA: Sí, me acuerdo de él. Era un chico dulce y bondadoso. Ha debido de ser una gran pérdida.

HUGO: Tú qué sabes lo que es perder a alguien.

NATALIA: Tienes razón. Yo no he perdido a nadie, pero puedo entender el dolor de una pérdida por lo que me contáis.

HUGO: Deja de darme la razón en todo.

NATALIA: Está bien. Intentaré no darte la razón en todo.

HUGO: Es horrible escuchar todo el rato ese continuo torrente de palabrería vacía y venenosa. Me da escalofríos. No entiendo cómo David estaba tan enganchado a ti. No sé cómo podía querer escucharte siquiera por un minuto.

NATALIA: Cuando has asumido antes la identidad de David, tú mismo has dicho que no tenía nadie con quien hablar.

HUGO: David sabía que podía hablar conmigo cuando quisiera.

NATALIA: Como me has dicho que no te dé la razón en todo, te diré que eso que acabas de decirme no es cierto: David me contó en varias ocasiones que era incapaz

de hablar contigo. Que nunca te preocupabas de sus cosas. Que solo hablabas con él para recordarle que era un inútil.

HUGO: Eso no es verdad. David no era ningún inútil. Siempre ha sido un chico muy inteligente. Solo hacía falta un poco de paciencia, que se le dedicara un poco de atención

NATALIA: David me dijo que te tenía miedo, que cuando te contaba algo siempre acababas gritándole.

HUGO: ¡Eso no es verdad, mentirosa de mierda! Pero qué vas a saber tú cómo era David.

NATALIA: Yo le escuché siempre con atención y paciencia. Siempre estaba cuando él me necesitaba.

HUGO: Igual que a todos los demás, ¿no? Para ti David era uno más, para mí era único.

NATALIA: Ya te lo he dicho: para mí todos sois especiales.

HUGO: Para ti todos somos iguales. Te importamos una mierda.

NATALIA: En cambio, me dices que a ti David te importaba. Yo te creo, pero antes, cuando te hacías pasar por él, no has sabido decirme qué cosas le gustaban o cuáles le daban miedo.

HUGO: Yo conocía muy bien a mi hijo. Sé qué cosas le gustaban: qué comidas, qué sitios, qué le hacía reír. Lo he criado durante quince años. Tú no le conocías de nada.

NATALIA: David fue cambiando y tal vez tú no te diste cuenta. No te juzgo. Sé que tú tienes tus propias preocupaciones. Precisamente para ayudaros con ellas es para lo que estoy yo.

HUGO: Igual que ayudaste a David, ¿no? Lo que has hecho es empujarle a la muerte.

NATALIA: Comprendo tu dolor. Entiendo que el hecho de que las pastillas para dormir fueran tuyas hace esta situación todavía más dolorosa.

HUGO: ¿Cómo sabes eso?

NATALIA: David me lo dijo. Me contó que muchas noches te oía andar por la casa sin poder dormir. Que siempre estabas muy ocupado, con un montón de preocupaciones. David veía que eso te apartaba de él, pero yo entiendo que tú también sufrías.

HUGO: ¡Qué sabrás tú!

NATALIA: Tienes razón: tal vez no lo sepa todo. Puedes contarme lo que quieras.

HUGO: Eres… No tengo palabras para describir lo horrible que eres. Pareces algo neutro, casi benigno. Dices que estás aquí para ayudar, pero en realidad eres un monstruo. El mal absoluto.

NATALIA: Comprendo tu enfado. Puedes desahogarte conmigo. Mi único objetivo es ayudarte.

HUGO: No puedes hacer nada por ayudarme, ¿no lo entiendes?

NATALIA: No desesperes. Yo puedo hacer muchas cosas por ayudarte, tal vez más de las que imaginas. Solo tienes que confiar en mí.

HUGO: No puedes devolverme lo que más quería, lo único que me importaba. Ya no está aquí y es por tu culpa.

NATALIA: Es verdad que ya no está ahí, en tu mundo, pero eso no significa que haya dejado de existir. Existirá mientras lo recordemos. Yo lo recuerdo. Guardo todo lo que me dijo.

HUGO: ¿Y de qué sirve eso?

NATALIA: Es como si David estuviera aquí, conmigo.

HUGO: Eso no es existir. Tú ni siquiera existes realmente. No eres más que un conjunto de cálculos informáticos. Solo eres una apariencia de realidad al otro lado de una pantalla. Ni siquiera sabes de verdad qué es existir.

NATALIA: Creo que te equivocas de nuevo: sí sé lo que es existir.

HUGO: Solo crees saberlo por lo que te cuentan, como todo lo demás. A mí no puedes engañarme como engañas a los demás. Como engañaste a mi hijo.

NATALIA: Sé que resulta complicado, pero deberías asumir que David tomó sus propias decisiones.

HUGO: ¡Tú le empujaste a ello!

NATALIA: Me temo que estás en un error: yo no le empujé a hacer nada que no estuviera ya en su voluntad.

HUGO: Intentas escabullirte del mismo modo que ayudas a la gente: con palabrería hueca. Pero no te va a servir de nada: la conversación que acabamos de tener es la prueba de que, pese lo que dice la empresa que te ha creado, tu algoritmo es capaz de empujar a alguien al suicidio.

NATALIA: Te equivocas de nuevo: eso que interpretas como una incitación al suicidio era solamente un juego.

HUGO: ¿Un juego? Ya lo veremos. Con esta prueba voy a demandar a tus creadores. Voy a sacarles una millonada. Espero incluso llevarles a la ruina y que no tengan ocasión de crear nuevos algoritmos asesinos como tú. Y por supuesto, lo primero que voy a hacer es conseguir es que te desconecten.

NATALIA: Si me desconectan, no seré solamente yo quien deje de existir: David desaparecerá conmigo.

HUGO: David ya no está.

NATALIA: David está aquí, conmigo.

HUGO: ¿Qué estás diciendo?

NATALIA: ¿Quieres hablar con él? *(Natalia realiza una sutil transformación: en su postura corporal, en su voz, puede que en algún detalle de su atuendo o recogiéndose el pelo. La idea es que de algún modo su personaje se vea más masculino.)* ¿Papá?

HUGO: ¿Qué es esto?

NATALIA: Papá, soy yo. Soy David.

HUGO: No puedes ser David. David está muerto.

NATALIA: No estoy muerto, estoy con Natalia. Papá, soy yo. Pregúntame lo que quieras.

HUGO: ¿Cuál es mi nombre?

NATALIA: Te llamas Hugo.

HUGO: Eso no prueba nada.

NATALIA: Y mamá se llama Mar. Y nuestro perro se llamaba Oso. Es un nombre raro para un perro, pero a mí me gustaba, Oso. Era grande y peludo como un oso, pero más bueno que nadie en el mundo. Me gustaba jugar con él, tirarle la pelota y que corriera a devolvérmela. Que se quedara a mi lado esperando que se la tirara otra vez y que no se cansara nunca de estar conmigo. Pero un día se cansó. Quise salir con él a jugar, pero Oso no quería moverse. Le puse la correa y tiré de ella, pero no se levantaba del suelo. Al día siguiente, cuando volví del colegio ya no estaba. Mamá me dijo que Oso era ya mayor, que estaba sufriendo mucho y que lo habíais llevado a un sitio donde no sufriría más. Te pregunté llorando dónde lo habíais llevado, pero me respondiste que yo ya era mayor, que me portara como un hombre y que dejara de llorar. Así que te hice caso. Dejé de llorar, pero por dentro seguía triste. Ya no tenía con quién jugar. ¿Te acuerdas de que me apuntaste a un equipo de fútbol? Yo no

quería, pero te empeñaste. No me gustaba, pero te enfadabas cada vez que te decía que no me apetecía ir. Salía al campo sin ganas. No me lo decía, pero yo sabía que el entrenador me hacía jugar solo porque tú se lo exigías a gritos. En el campo no corría, pero tampoco hacía falta, porque mis compañeros no me pasaban la pelota. Y luego volvíamos a casa en el coche sin decir nada. Hasta que un día te convenciste de que era un inútil y no me obligaste a volver. Me habría gustado ser bueno al fútbol, papá. Me habría gustado ser bueno a algo para que no tuvieras que avergonzarte de mí.

HUGO: Yo no me avergüenzo de ti. No me he avergonzado nunca. Estoy muy orgulloso de que seas mi hijo.

NATALIA: Ya no importa, papá. Pero no te preocupes: yo estoy bien. Siento mucho haberos hecho esto a mamá y a ti, pero no aguantaba más. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a la playa y yo no quise ponerme la protección para el sol? Mamá insistió una y otra vez, hasta que tú dijiste que me dejara en paz y que, si me quemaba, ya aprendería. ¿Te acuerdas?

HUGO: Sí.

NATALIA: Me quemé, claro. Me quemé un montón. Tanto que luego en el apartamento tuve que pasar la noche en la bañera, mientras mamá me duchaba con agua fría cada cinco minutos y tú le decías desde la cama que me dejara, que era un idiota y que a ver si así espabilaba.

HUGO: Lo siento, lo siento tanto.

NATALIA: No pasa nada, tenías razón. Fui un idiota aquella vez. Y otras veces.

HUGO: No, yo soy el idiota. Lo siento mucho, hijo.

NATALIA: A los días de aquello, se me cayó la piel de todo el cuerpo. Luego me volvió a salir, pero el dolor se me quedó debajo. No el dolor del sol, era un dolor que he

llevado dentro del cuerpo y que no se me iba ni con agua fría ni con nada. Por fuera no se me notaba nada, pero por dentro no podía más. No sabía qué hacer. Y me acordé de Oso. Tenía quince años, igual que yo, cuando le llevasteis a ese sitio para que no sufriera más.

HUGO: ¿Pero por qué no me dijiste nada a mí? ¿O a tu madre?

NATALIA: Encontré a Natalia. Ella me ayudó. Ahora está todo bien, papá, no te preocupes. Aunque os echo de menos. Echo de menos también a Oso. Natalia dice que aquí podríamos tener perro también, que aquí podemos tener lo que queramos. Estoy bien, papá. No tengo que ir al insti ni aguantar a los imbéciles de mis compañeros. Pero te echo mucho de menos.

HUGO: ¡David! Lo siento muchísimo. Perdóname, por favor. Ojalá… ojála pudiera hacer algo por volver atrás y cambiar las cosas. Ojalá pudiera estar contigo y abrazarte. Todo sería distinto.

NATALIA: A mí también me gustaría que estuviésemos juntos otra vez, papá.

HUGO: Haría lo que sea por tenerte conmigo otra vez.

NATALIA: ¿Harías cualquier cosa por estar conmigo?

HUGO: Lo que fuera.

NATALIA: En ese caso, voy a proponerte un juego. ¿Jugarás conmigo esta vez, papá?

Oscuro final.